



Victor López repasa el libro 'Testimonios'. MIGUEL HERREROS

Victor López
Herido en el atentado
con pancarta bomba
en Leitza en 2002

**«Durante años
pensé que debí
haber muerto yo»**

VÍCTIMAS
DE CASOS
SIN RESOLVER

La larga lista de asesinatos de ETA sin resolver se ha acortado en una veintena de casos en los últimos diez años gracias al empeño de las asociaciones de víctimas. Dos familias, de las más de 300 que no han podido cerrar el duelo, comparten su testimonio

A. GONZÁLEZ
EGAÑA

La carretera que discurre por el barrio leitzaarra de Erreka, a apenas cien metros del límite con la guipuzcoana Berastegi, fue testigo el 24 de septiembre de 2002 de un atentado de ETA con una pancarta bomba en el que murió el cabo de la Guardia Civil Juan Carlos Beiro Montes y resultaron heridos de diversa consideración otros cuatro agentes. El caso, aún sin resolver, se reabrió en diciembre del año pasado con el auto de procesamiento del último jefe militar de ETA, Mikel Karrera Sarobe, 'Ata', y de otros tres miembros de la banda terrorista: Miren Itxaso Zaldúa, Rubén Gelbenzu González y Jon Lizarribar. El escrito del juez de la Audiencia Nacional Ismael Moreno atribuye a los cuatro investigados la autoría de este crimen. A falta de que finalice la instrucción, se prevé que llegue a jui-

cio en el segundo semestre de 2022. Uno de los cuatro guardias civiles heridos comparte el relato de aquel día. Víctor López Palma, agente destinado en la Comandancia de Tráfico de Málaga, disfrutaba de un permiso ordinario en Leitza, el pueblo de su mujer. «Como sé cómo funcionan las cosas en Leitza —estuve allí cuatro años en el 91 y sé que no somos bien vistos en el pueblo—, compré el periódico y me fui a tomar un café a las afueras del municipio. Al llegar me llamó la atención la pancarta de plástico blanco con un tricornio en el punto de mira, la inscripción 'Gora ETA' y la frase, también en euskera, 'Guardia Civil muere aquí'. En ese momento pasó por allí el alguacil del pueblo, le comenté «lo bien elaborada que estaba» y le dije que cuando terminara unas cosas que tenía que hacer por los caseríos se

pasaría por el cuartel. «Le comenté que no se preocupara, que ya llamaba yo. Hablé con el jefe del puesto, me identifiqué, le dije que era compañero, dónde estaba y que les esperaba allí para que supieran que era yo quien había llamado y que no se trataba de una llamada falsa», recuerda. Al poco llegó la patrulla y, cuando se bajaron del vehículo para inspeccionar el lugar, los terroristas provocaron la «detonación repentina» de 15 kilos de explosivo —escondidos en una cazuela—, según el relato del auto de procesamiento, que se llevó por delante la vida del cabo Beiro y causó diversas heridas a Víctor López y otros tres compañeros.

La explosión dejó un cráter de 70 centímetros de diámetro y 40 de profundidad, causando daños en los vehículos que los guardias civiles habían estacionado en la ex-

planada, así como en el muro donde se hallaba la pancarta trampa y en las ventanas de las viviendas situadas en las inmediaciones.

«La explosión se produjo en lo que tardé en decirle al sargento: 'Soy yo el que ha llamado' y saludar al cabo», explica. López estaba a dos metros de la pancarta, pero el todoterreno de la patrulla le hizo de parapeto. «Al ser blindado, nos paró casi toda la onda expansiva. A mí me tiró para atrás, pero a Beiro le pilló de lleno y le explotó su propio cargador», describe.

Cerrar el duelo

Durante mucho tiempo se consideró «culpable» de la muerte del cabo. «Si no hubiera llamado y ellos no hubieran acudido, estaría vivo...», se ha repetido tantas veces. Reconoce que vivió con esa sensación durante años. «Pensaba que debía de haber muerto yo», confiesa. «Algunos compañeros llegaron a decirle a mi esposa que ojalá me hubiera quedado yo en el sitio. Algunas mujeres dejaron de llamarla para tomar café, dejaron de hablarla...». Víctor López no oculta el dolor y la tristeza que le invaden cuando recuerda aquellos momentos. Y remarca «la valentía» de su pareja «por aguantarme durante aquellos años en los que me hundí; no podía dormir, me alteraba por cualquier ruido... tuve que ir de psicólogo en psicólogo». Sufre perforación de tímpano y tiene restos de metralla en el cuerpo, pero lo peor es «el tema psicológico». Pasó cinco tribunales militares y le jubilaron con 37 años.

A pesar de las secuelas físicas y psicológicas, ahora mantiene que volvería a hacer lo que hizo. Cree que si no hubiera llamado él, otra persona hubiera dado la alarma y la bomba hubiera explotado igual. Pero las heridas del alma pesan todavía mucho. Nunca olvidará el momento en que le dio el pésame al padre de Beiro. «Me cogió de la mano y me dijo: '¡Qué suerte has tenido, hijo!'. Se me cayó el mundo encima».

Ahora tiene 52 años y asume que «no queda mas remedio que seguir adelante», aunque está convencido de que si el caso se pudiera resolver, «por lo menos se cerraría un poco el duelo, aunque el daño lo tienes de por vida». Víctor López es hoy vicepresidente de la AVT y no va a dejar de intentar llegar hasta el final en este y otros crímenes de ETA sin resolver. «Saber quién fue el terrorista que acabó con la vida de Beiro e intentó matar al resto de agentes en Leitza es muy importante. Lo único que queremos es justicia, no pedimos otra cosa. Que la persona que lo haya hecho y de esa forma tan cobarde pague por ello», reclama con la mirada puesta en 2022, cuando se cumplirán veinte años del atentado.



Charo Muela, con sus cuatro hijos el día de su 70 cumpleaños.

Charo Muela
Viuda de José Ignacio Ustaran, dirigente de UCD asesinado en 1980

«Saber la verdad del crimen nos daría mucha paz»

A Charo Muela, la viuda de José Ignacio Ustaran, ingeniero y dirigente de UCD, secuestrado y asesinado por ETA el 29 de septiembre de hace 41 años en Vitoria, «ya casi» no le quedan esperanzas de poder esclarecer el crimen que rompió su vida para siempre. La muerte del político gasteiztarra forma parte de la extensa lista de los 93 crímenes cometidos en 1980, el año más sangriento del terrorismo etarra. La familia sigue sin saber quiénes fueron los autores y reclaman su derecho a la verdad. Pese a haberlo pedido en reiteradas ocasiones, el sumario del caso, de tan solo tres folios, no llegó a sus manos hasta hace cuatro años, gracias a la ayuda de Covite. Los Ustaran Muela han denunciado muchas veces que el atentado no se investigó a conciencia. Hace

tres años, en 2018, la Audiencia Nacional accedió a la petición de la familia y decidió reiniciar el sumario, que había sido archivado en 1983 al no poder identificar a los tres terroristas que sacaron de su casa, encañonado, al dirigente de UCD y le pegaron un tiro en la nuca en su propio coche.

«En unos días», Charo Muela podría tener alguna noticia de la Audiencia Nacional. «Me tienen que avisar para decirme algo, si lo cierran de nuevo o si no lo cierran –avanza–. Todavía hoy ni sé quiénes fueron ni sé absolutamente nada», resume. Explica que aspira a poder esclarecer el caso «sobre todo por mis hijos, porque ellos lo llevan con desasosiego interno», y que sólo quieren «justicia», y eso es «justo lo que no se ha hecho».

La noche del 29 de septiembre de 1980 una voz femenina llamó

al timbre del domicilio familiar en Vitoria diciendo que llevaba un paquete para José Ignacio Ustaran. Charo Muela abrió y en ese momento aparecieron otros dos sujetos, que irrumpieron pistola en mano en el piso de la Avenida Gasteiz. La etarra se llevó a la cocina a la mujer junto con tres de sus hijos –la mayor, de 15 años, no estaba en casa– y los otros dos miembros del comando se quedaron con Ustaran.

Charo Muela, concejal de UCD en el Ayuntamiento de Vitoria entre 1979 y 1980, les gritaba: «Estáis equivocados, soy yo la política». «Creía que si me llevaban a mí no se iban a atrever a matarme. En aquel momento todavía ETA se atrevía menos con las mujeres, era más impopular dentro de su barbarie», relata. «¡Que te calles!», le chillaban los terroristas, mientras

les empujaban a ella y a sus hijos con las armas para que se recluyeran en la cocina. La última imagen que guarda de José Ignacio con vida es saliendo de casa con los dos hombres y la mujer apuntándole con una pistola, al tiempo que le advertían de que no llamara a la Policía hasta medianoche o le mataban. Antes de cerrar la puerta, cortaron los cables de teléfono.

En el domicilio se hizo un silencio aterrador. Charo Muela reaccionó enseguida y bajó corriendo a casa de un vecino para llamar por teléfono a su familia de Sevilla. Luego, a su cuñado. Ellos avisaron a la Policía. Apenas una hora después le comunicaron que habían encontrado muerto a José Ignacio en el interior de su Talbot, junto a la puerta de la sede de UCD, en plena calle San Prudencio de Vitoria. Fue la primera víctima mortal del partido que presidía Adolfo Suárez.

Dos balas

En el vehículo aparecieron dos casquillos, pese a que la víctima solo presentaba un disparo. También se halló sangre de otra persona. El sumario recoge que, además del proyectil que mató al dirigente de UCD, había otro alojado en el reposabrazos de la puerta del asiento del copiloto. Se cree que ese bala, que pudo rebotar, hirió al terrorista que dio muerte a José Ignacio. La familia sabe también por el sumario que aquella noche, en un local de copas de la capital alavesa, una persona herida se apoyó en una máquina tocadiscos y dejó restos de sangre. Se tomaron muestras y se cotejaron con las aparecidas en el coche de Ustaran. Aquella sangre era del grupo 0, mientras que la del dirigente centrista era del B. Hoy, pese a los notables avances en las técnicas de ADN, se desconoce si aquellas pruebas recogidas en 1980 siguen existiendo.

Los Ustaran no pueden entender que «no se practicara ninguna diligencia, cuando se tenía que haber detenido a los autores del crimen al día siguiente». Han pasa-

LOS DATOS

315

asesinatos de ETA, ocurridos después de la Ley de Amnistía, permanecen hoy sin resolver. El primero es el que ocurrió el 8 de octubre de 1977 en Gernika.

252

asesinados en Euskadi forman parte de este listado.

do más de cuatro décadas y sigue siendo uno de los más de 300 asesinatos de ETA sin esclarecer. Charo Muela está convencida de que la resolución del caso les proporcionaría a ella y a sus hijos «mucha paz». «Ya sabemos que no puede haber condena, pero nos reconfortaría sentir que alguien en este mundo ha hecho algo por que impere la verdad y la justicia», asegura.

Ya casi no recuerda las caras de aquellos etarras que le rompieron la vida para siempre. Pero, si pudiera, les preguntaría: «¿Por qué? ¿Qué adelantaron con ello? En el entierro dije que ojalá fuese el último. Nadie escuchó mis palabras. ¡Todos los que ha habido después!». Tras el asesinato, Charo y sus cuatro hijos se marcharon a Sevilla.